LA POESÍA DE ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

(Conferencia pronunciada en el Club Argentino de Mujeres de Buenos Aires, el 21 de julio de 1923, por LUISA LUISI)

Editor:
MAXIMINO GARCIA
Sarandí, 477 - MONTEVIDEO

1923

LA POESIA DE ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Quiero deciros ante todo, señoras y señores, que yo no he venido aquí a juzgar, ni a otorgar valores, ni a dictaminar, desde lo alto de la cátedra, la posición literaria de un poeta. Vengo a traeros solamente, desde las costas azules de mi Montevideo, el homenaje más caro a un poeta: la admiración ferviente, el hondo cariño, la agradecida reverencia de mi corazón para este gran poeta, que os pertenece desde hace algo más de un año, por el más grave título de todos: la fraternidad en la hospitalidad. No esperéis, pues, que os diga qué sitial ocupa, en el vasto Olimpo de las letras americanas, este gran mexicano, ni cuál es su técnica, ni a qué escuela pertenece. Para adjudicar así, valores definitivos, toda superioridad es poca; y es, por otra parte, caprichosa la fama, y sujeta a circunstancias arbitrarias la gloria. No me pertenece, pues, el derecho de juzgar. Yo traigo solamente, en mis manos de lectora curiosa y comprensiva, el caudal de una admiración que alguno tachará tal vez de ingenua; pero que constituye el más rico de los tesoros del alma, ya que hace nuestra, por el amor, la obra de los otros, y la suma a la propia, en un deslumbrador tesoro de riquezas. Digo, con Amado Nervo: "El más grande de todos los

poetas será, para cada uno de nosotros, aquel que haya acertado a formular con mayor sagacidad y precisión nuestros estados de conciencia, traduciendo en versos puros y nobles, aquello que palpitaba dentro de nuestro espíritu, sin hallar la expresión adecuada y eterna en que encarnar para los otros.''

Como Amado Nervo, creo que la misión superior de la poesía consiste en esa comunión espiritual entre el alma del poeta, y el alma de sus lectores; una nueva forma de religión humana, que desviste las almas de los hombres de sus oscuros ropajes de pasiones y afanes, y las muestra en toda la limpidez primordial de sus valores. Un ilustrado amigo mío, novelista chileno de garra, decía no ha mucho, en las columnas de un diario bonaerense, que, para él. el valor definitivo de la poesía, es el *encanto.* Yo discrepo, totalmente, en este punto, con mi estimado amigo Eduardo Barrios. Para juzgar del valor de una poesía, mido el grado de *amor* que esa poesía es capaz de despertar en nuestra alma; la profundidad del sentimiento, la reconditez de las fibras humanas que toca. ¡Dulce, y consoladora, y bienaventurada sea la gracia, el encanto, la belleza juvenil, y la frescura ingenua, para nuestros cansados espíritus de mortales! Pero siempre amaré con más hondura el ímpetu trunco de la Victoria de Samotracia, que la gracia de la Venus de Médicis; el profundo humanismo de la Pietá de Miguel Angel, que el encanto sensual y turbador de una Bacante de Clodión.

Y porque Enrique González Martínez trae en su poesía, la facultad maravillosa de hacerse amar; porque toca con mano impalpable, las fibras más sutiles del alma, y abreva sin engañarla con falsas seguridades, nuestra sed de misterio; porque corre bajo la tersura

impecable de sus versos, el agua subterránea de su propio corazón; porque sin gritos, sin estridencias, sin lágrimas casi y sin lamentos, nos acerca a los labios del alma el dolor incolmado de la suya, es hoy, para mí, el más grande poeta de América.

Cumplió en ella la cruzada renovadora que había de salvar por segunda vez a la poesía, de las manos sacrílegas de los imitadores. Debió cumplir, respecto a los continuadores de Rubén Darío, la misma misión salvadora, que había cumplido aquél respecto a los románticos. Bendita fué la acción del gran poeta nicaragüense, que puso un cisne por represa al desmelenado torrente de los vacuos y oratorios poetas del romanticismo; y con la grácil frivolidad de su Eulalia, y la artificiosidad encantadora de sus Versailles y sus midinettes, y el helenismo literario de sus Castalias, sus faunos y sus ninfas, canalizó las fuerzas estérilmente derrochadas de los Quintana, los Oyuela, los Gallego y los Díaz Mirón. Y comenzó entonces, sin medida, la abrumadora invasión de la frivolidad, del artificio, de la insinceridad, del virtuosismo retórico de los imitadores *externos* del Maestro. ¡Pobre humanidad, sujeta eternamente a la enfermedad del ritmo, como diría nuestro Vaz Ferreira! Y, sin embargo, el cisne cantor de Nicaragua, sintió bien la falsedad de su propia poesía; y pasada y vencida la necesidad apremiante de la renovación poética, volvió por sus fueros de hombre, y lloró su propia angustia en sus magistrales "Cantos de Vida y Esperanza". Era, pues, necesaria y urgente la nueva renovación, si es posible llamarla así, que limpiara la poesía de toda esa hueca e insincera retórica de nuevo cuño. Y fué Enrique González Martínez quien había de "torcerle el cuello al cisne", como lo dijo él

[illegible]) en su célebre soneto, escrito, no contra el maravilloso cantor de Nicaragua, sino contra los que mancharon y deformaron su obra de perfecta belleza, con la caricaturesca imitación de los versificadores sin honradez artística.

Porque, ¿qué pudo contra ellos, el misticismo cristiano y brahmánico de Amado Nervo? Su serenidad, su paz frente al Misterio, no podían abrevar la sed urgente de una humanidad que volvía ya del positivismo ateo, y no se satisface más con los antiguos velos engañadores de Isis. La poesía de Amado Nervo no tuvo la virtud revolucionaria de Darío, ni la renovadora de González Martínez. Su misticismo, transformado en cristianismo en sus últimos años, nada nuevo aportó a las ansias de esta hora profundamente mística y pagana al mismo tiempo, que no encuentra la expresión definitiva de sus anhelos en ninguna religión positiva del momento.

¡Tragedia enorme, ésta de la generación que hunde sus raíces en las postrimerías cientificistas del siglo XIX, y abre la copa de su espiritualismo ávido, en el misticismo naciente del siglo XX! Tragedia que nadie ha expresado aún en toda su grandeza, la de esta sed profunda del alma, desgarrada diariamente por ese anhelo de espiritulidad en contraposición a las raíces positivas de su educación! Los que alcanzaron la plena floración de su existencia en ese enorme siglo XIX, pudieron satisfacerse en la ilusión de su ateísmo, y llegar al final de su carrera, en la tranquilidad de su disolución definitiva. Los que aún conservaban intacto el tesoro de su fe, cruzaron por la vida, guiados por la más bella de las ilusiones. ¡Dichosos ellos a quienes han de florecer rosas todas las espinas, y para quienes todos los caminos llevan a la ansiada Jerusalén!...

Pero nosotros, nosotros, los que hemos de pasar toda la vida desgarrados por los dos siglos enemigos, sin que la fuerza positivista de uno sea capaz de vencer a la mística del otro, no podemos negar a Isis, ni recubrirla con un solo velo.

¿No fué, acaso, un estado de alma semejante, el que constituyó también la tragedia anímica de los primeros románticos?... ¿Y no fué también la culpa de los De Musset y de los Byron el haber nacido *trop tard dans un monde trop vieux...?*

Nosotros no, sin embargo. Nosotros hemos nacido demasiado temprano, para un mundo demasiado nuevo.

II

Para este estado del espíritu, Darío fué demasiado artificioso y demasiado frívolo; Lugones demasiado objetivo y demasiado complicado, como nuestro Herrera y Reissig: Nervo demasiado ortodoxo. Sólo González Martínez absorbió dentro de sí la ansiedad multánime de la hora, y fué el sincero, el hondo, el verdadero y el espiritual. Espiritualidad dolorosa, serena; recóndita espiritualidad la de este poeta recogido todo dentro de sí mismo; todo resonante de su vida interior, amante del silencio y de la profundidad. Nadie ha dicho mejor que él la fecundidad inmensa del silencio, en donde se gestan todas las posibilidades. Silencio que es potencia y que es fuerza, cuando han agotado ya todas sus fuerzas los huecos sonidos de la vocinglería.

"Y callar... mas tan hondo, con tan profunda calma,
que absorto en la infinita soledad de ti mismo,
no escuches sino el vasto silencio de tu alma."

De lo contrario, dice el poeta: "Te engañas, no has vivido." Este soneto, "Intus", da él solo toda la posición anímica del poeta. No es la torre de marfil, desdeñosa y aislada, de una poesía que ha pasado ya completamente. El supremo egoísmo de aquella actitud nada tiene que ver con esta amplia y fraterna concepción de la vida y de las cosas:

"Atan hebras sutiles a las cosas distantes;
al acento lejano corresponde otro acento...
¿Sabes tú a dónde lleva los suspiros, el viento?...
¿Sabes tú si son almas las estrellas errantes?..."

"...Y besarás el garfio del espino
y el sedeño ropaje de la dalias.
Y quitarás piadoso tus sandalias
por no herir a las piedras del camino."

Esto, como se ve, está muy lejos de la torre de marfil de los herméticos. Un hondo panteísmo, que flota, luminoso, por sobre las páginas de "Los Senderos Ocultos", muestra al poeta tierno, humano, abierto a todos los seres y a todas las cosas: "Busca en todas las cosas un alma y un sentido—ocultos", dice en uno de sus poemas. Pero no se contenta con esta contemplación franciscana y este panteímo místico, alejador de las luchas de la vida. El vive entre los hombres, y no rehuye su contacto, ni les niega el consuelo de su ciencia y el alivio que les brinda su profesión. Médico, la ejerce durante diez y siete años, y pone la mano en las llagas y el bálsamo sobre las heridas. Ni niega a su país, tan probado, el caudal de su talento en la política, la más quemante y la más fecunda de las activi-

dades humanas. No, él no huye de la vida para refugiarse en una torre de marfil:

"Y le digo a la vida: no vaciles, golpea,
hunde el cortante filo de tu cincel, transforma
y renueva mi alma, tú que sabes dar forma
al bronce de un impulso y al mármol de una idea."

Pero, característica actitud moderna, hecha la parte de la vida, del combate diario, guarda para él solo la piadosa soledad de su vida interior: "... Y regresó a la tienda de su paz interior."

"Oh! mi divina gruta de goces interiores
en que la vida adquiere intensidad extraña;
que sólo yo conozco, que eternamente baña
un sol que prende luces y que revienta flores..."

Pero este asilo supremo de la paz interior, ese *vasto silencio de las almas*, es todo nobleza y todo elevación:

"Puedes hundir la mano en aguas pantanosas,
mas cristaliza el fango y purifica el lodo...'

"Y pasa con tu suave serenidad, y el santo
reposo de tu espíritu... pero advertido y presto
a recoger del polvo con desdeñoso gesto
la fimbria de tu veste y el borde de tu manto."

No nos dejemos engañar, sin embargo, por esta apariencia de serenidad. Más que serenidad es fortaleza, supremo pudor de hombre, distinción de alma que sufre de la falta de dignidad de toda queja, y de la falta de elegancia de todo grito. No es impasibilidad, nó; no

es frialdad de corazón, esa altivez suprema del alma, esa generosidad que no admite el turbar dichas ajenas, con el envilecedor acento del gemido. Como esa raza estoica del Japón, que recuerda en muchos de sus conceptos de la vida, a la serena majestad de Grecia, el poeta piensa que es un crimen contra la dicha ajena, el conturbarla con una queja. Y su elegancia de espíritud, su noble dignidad a quien ofende el grito destemplado, en la vida como en la literatura, revela un dolor mucho más profundo, en el leve temblor de sus pestañas, que en todo sollozo teatral y en todo llanto afeminado. Los que nunca lloraron ponen toda su alma en una lágrima, esa "lágrima *mía*, mía de tal modo,— que si su enigma penetrar pudiera—en secreto pavor, no lo dijera—ni a ti tal vez a quien lo dije todo..." Pero hay momentos en que la marea interior golpea rudamente las paredes del pecho y pretende avasallarlo todo. Y entonces el poeta estalla en "Alarido":

"Grita, corazón, grita....
Que tu alarido suene y el gran silencio rompa.
Grita al mar y a la tierra y al cielo,
y que el cielo y el mar y la tierra te oigan.

Grita, corazón, grita...
Es el único instante, y la sola
ocasión en que estalle el tumulto
de una vida sin rumbo y sin normas...

Es el único instante...
Mañana
ya no será hora..."

La característica de esta poesía es su dignidad y su nobleza, unidas a una gran espiritualidad. Y lo más

interesante, y que revela bien su conformidad con la inquietud mística de la hora, es su actitud frente al Misterio. Dice Alfonso Reyes, en el prólogo de uno de sus libros, que la musa de este poeta se nos muestra sin fe religiosa, pero también sin sed religiosa. Yo llamo sed religiosa, a la preocupación por todo problema de *más allá*. Y esta sed religiosa, que no es otra cosa que el neomisticismo del siglo XX, se revela a cada paso en los versos de este gran poeta. El no quiere la dilucidación definitiva del gran problema, en el que reside el interés y la poesía máxima de la existencia, y escribe a Amado Nervo, al comentar uno de sus libros, en donde éste asegura que "se acabaron los quién sabe...": "La esfinge sin enigma es un monstruo absurdo." La savia absorbida por su educación en el positivismo ateo del siglo XIX, rechaza la fácil solución de una religión positiva; pero el anhelo espiritualista del siglo XX, no le permite ser un sensualista o un pagano feliz de la vida sencilla de las cosas. Su panteísmo mismo es religioso y no sensual. Ama en las cosas el alma, y no la apariencia; y mucho menos el goce pasajero que prestan a nuestros sentidos. Esa honda espiritualidad de su poesía, que es al mismo tiempo su mayor nobleza, recuerda a la del catalán Fernando Maristany, aunque este último, como Amado Nervo, se sienta arrastrado al fin, por la corriente del neocristianismo. La dificultad estriba en mantenerse místico, sin caer ni en la religión, ni en el sensualismo. En "La Puerta", magnífico poema, en "Un Fantasma", esta actitud de sinceridad y de nobleza, adquiere toda su serena amplitud. El problema de la muerte lo atrae con fuerza invencible. Quisiera creer en la vida de ultratumba, pero la educación combate el anhelo del

alma. Y este combate, que analizó magistralmente Unamuno en uno de sus mejores libros, está contenido todo él, en "La Puerta":

"Los dos llamamos a la misma puerta
para saber un día lo que esconde
la lóbrega mansión... En la desierta
inmensidad, el eco nos responde.

Largo llamar!... Los maltratados nudos
de las manos ya sangran. Han corrido
con el tiempo las lágrimas... ¡Oh, mudos
huéspedes sin piedad y sin oído!

A veces, un rumor de la lejana
extensión nos anima; el ansia crece..
¡Oh. triste golpear!... En la mañana
la ilusión de la noche desparece.

Mas llegará la hora en que la herida
mano rompa el orín de los cerrojos,
y al último rincón de la guarida
penetre la codicia de los ojos.

Y cuando ceda al fin el oxidado
gonce que afianza la cerrada puerta
sabrá nuestro dolor que hemos llamado
ante el umbral de una mansión desierta.

No se podrá dudar, ante la claridad del símbolo, de la preocupación del poeta frente al Misterio; como no es posible dudar de la dolorosa consecuencia, o mejor de la terrible solución que da al magno problema: "sabrá nuestro dolor que hemos llamado ante el umbral

de una mansión desierta." Dolorosa duda, penoso temor, con que la razón responde al ansia infinita del alma! Se me antoja que esta composición está estrechamente ligada con aquella disputa cariñosa que el poeta sostuviera un día con su fraternal amigo Amado Nervo, a propósito del "se acabaron los quién sabe" del autor de "Serenidad". "Los dos llamamos a una misma puerta..." ¿Los dos?... Sí, González Martínez y Amado Nervo. Pero si el primero sólo vislumbró después de su llamado, la inanidad de una mansión desierta, el otro gran mexicano escribió aquella otra hermosísima "Puerta" en donde afirma la realidad de su fe: "Por esa puerta ha de volver un día..." De estas dos actitudes, indudablemente sinceras y nobles las dos, una culmina en la tranquilidad, en la paz de una consoladora religión, después del largo ambular por todas las filosofías y todas las religiones. Es como una soberbia terminación de dulzura en el poniente de esa vida que se extinguió entre nosotros, frente al azul horizonte de nuestras playas, en un apacible amanecer de otoño.

Pero hay más grandeza, más sufrimiento íntimo, más dolorosa fortaleza, en la lucha que no termina, del otro. Su vicisitud lo pone un día frente a frente a un "Fantasma", que vuelve de la muerte. ¿No será, acaso, el Lázaro de las Escrituras, resucitado una vez más por el genio insondable de Andreieff?:

"El hombre que volvía de la Muerte
se llebó a mí... Y el alma quedó fría,
trémula y muda... De la misma suerte
estaba mudo el hombre que volvía
de la Muerte.....

Era [illegible] voz como la [illegible]... Pero
había en su mirar ensimismado
el solemne pavor del que ha mirado
un gran enigma, y torna mensajero
del mensaje que aguarda el orbe entero...

El hombre mudo se posó a mi lado,
y su faz y mi faz quedaron juntas,
y me subió del corazón un loco
afán de interrogar... Mas poco a poco,
se helaron en mi boca las preguntas...

Se estremeció la tarde con un fuerte
gemido de huracán... Y, paso a paso,
perdióse en la penumbra del ocaso
el hombre que volvía de la Muerte...

No, el enigma no será desvelado hasta que cada uno de nosotros penetre definitivamente en el *hortus conclusus* de la muerte. ¿Pero es posible negar sed de misterio, honda preocupación religiosa, al poeta que escribe tales rimas?

Esta alta y honda espiritualidad, le da un sentido tan fino a las cosas, se agudiza de tal percepción de inmaterialidad, que se le vuelven inteligibles el lenguaje y los mensajes recónditos del *más allá*. Para él, tiene voz esa ultra vida que palpita alrededor de nosotros, y que perciben sólo los sentidos afinados del alma.

El escucha voces y recibe extrañas confidencias. ¿Qué sutiles fibras del espíritu se ponen en comunicación unas con otras, para que el poeta pueda decirnos esas maravillosas palabras, henchidas de sentido divino? ¡Ah! no son las palabras humanas, groseras y sensuales palabras que nos hablan de la vida mezquina

de los hombres, transpuesta por un monstruoso antropomorfismo a la vida del más allá. Es un lenguaje nuevo, que habla a nuevas potencias del alma. Se espiritualiza ésta de tal modo, que huye. en extraño volar de su habitáculo, tal como lo pretenden los nuevos religiosos; mas no por virtud de sugestión extraña, sino al llamado poético de otra alma. Los versos ejercen su religiosa función, y tornan vidente al alma que en sí misma los recoge, tal como fué vidente el alma que los escribió. ¡Noble virtud la del poeta que así nos sabe elevar sobre la carne, en vez de sumergirnos en las engañosas seducciones de la sensualidad!...

"Alguien o algo se ha ido...
¿Por qué — si no — perdura en mi conciencia
esta insondable vaguedad de ausencia
y este pavor de olvido?...
Yo tengo para mí que alguien se ha ido.

¿Tal vez aquella noche ya lejana
de mi primer dolor, cuando una arruga
dejó en mi frente su señal temprana.
en invisible y misteriosa fuga
huyó, lo que perdí, por la ventana?...

Nunca podré saber cuándo, ni dónde
se fué, ni *qué* se fué del lado mío;
yo sólo sé que a la canción que envío
alguien responde...

Desorientado sér, acaso en una
noche imprevista volverá a su centro...
Y el ansia de esperar que llevo dentro
atisba en los presagios de la luna
el fantástico signo del encuentro..."

"Tañía la campana,
tañía la campana
dilatando en los aires el profético son;
y en un mundo vacío, de soledad arcana,
estábamos tan sólo la voz de la campana
y yo.

Enmudeció la vida, y se calló el estruendo
del mar,
y el son de la campana fué creciendo y creciendo
y llenaba los aires el clamor estupendo
y era yo de los hombres el llamado a escuchar!

Ante la voz aquella desfalleció el sentido;
En ceguedad los ojos cerráronse a la luz.
y apenas en mi oído
aleteaba el alma secreta del sonido
en concéntricas ondas de una rara virtud.

Y la voz repoblaba los silencios del mundo,
y el hermético origen del inaudito son
me parecía a veces que estaba en el profundo
abismo de mi propio corazón.

Tañía la campana, y el son iba diciendo
las cosas de hace siglos y las que han de pasar;
y enmudeció la vida y se calló el estruendo
del mar.
El son de la campana fué creciendo y creciendo...
Y era yo de los hombres el llamado a escuchar..."

Es casi profanar estos versos, el pretender hacer sentir lo que de recóndito y casi diría ultraterreno tienen. que nos conmueven, como decía más arriba, con

voces de una espiritualidad que hace temblar. Parece como que una voz nueva nos hablara a potencias desconocidas de la propia alma; y esa voz de la campana que va creciendo y creciendo, acaba por llenar con sus sones turbadores y proféticos el alma, que llega también ella a creer que "era yo de los hombres el llamado a escuchar..."

III

Es curioso notar ahora, que esta actitud profundamente espiritualista se va generalizando más y más entre los poetas de ambas márgenes del Plata, principalmente; contrastando abiertamente con la actitud opuesta de las mujeres.

Señalemos, entre los uruguayoso, a Sábat Ercasty como el que ha llevado a su máxima exaltación esa extraña videncia del alma, frente a los enigmas que se hacen cada vez más punzantes. Sus "Poemas del Hombre" llevan la espiritualidad mística hasta la violencia, traducida en la cólera de la impotencia, frente al silencio secular del Cosmos. El siente el dolor de la inteligencia, detenida en su vuelo audaz por la materia opaca; y su "Imprecación a Dios", aún inédita, tiene toda la fuerza de la rebelión de Prometeo, cuyo tormento, hoy metafísico, no ha perdido por eso; antes bien, ha adquirido un nuevo y más punzante sentido humano. Como Sábat Ercasty, por la fuerza expresiva y los arranques geniales, no conozco ningún otro en América, por más que algunos poetas sientan acaso con mayor equilibrio y serenidad el mismo dolor cósmico de la chispa divina aprisionada en la materia oscura. Tal, entre los argentinos, Fernán Félix de Amador, cuya bíblica tristeza, como [illegible]

[illegible]ela Mistral [illegible] de espiritualidad

No conozco sino pequeña parte de la obra de este poeta, que tengo para mí, por lo poco que de él he leído, ha de ser en breve tiempo uno de los más grandes de la Argentina. Arturo Capdevila, más humano tal vez en su dolor, me parece menos metafísico, diré, si así se me permite llamar a este sentimiento, que si bien tiene sus raíces en el pensamiento, se hace sentido profundo y anímico al relacionarse con la vida real del sentimiento. El neomisticismo, que no puede transformarse ya en religión positiva, penetra profundamente en la poesía moderna, animándola de una nobleza, de una hondura, de una espiritualidad que la hacen verdaderamente *divina*.

Lo notable del caso es que frente a esta espiritualidad masculina, las mujeres han recogido ese sensualismo abandonado en poesía por los hombres y han triunfado con él como bandera. La condesa de Noailles, acaso el mayor poeta actual de Francia, es exacerbadamente sensual y erótica; entendiendo por sensualismo el predominio de los sentidos sobre el espíritu. Este sensualismo la hace amar todas *las cosas buenas de Francia*, como ella misma lo dice; lo mismo la flor que el fruto (y permítaseme, a propósito de esto, el señalar el desplazamiento poético hacia los frutos, del prestigio y la atención de que habían gozado hasta ahora casi exclusivamente las flores). Panteísmo, indudablemente, pero panteísmo puramente sensual, en contraposición al panteísmo místico o religioso de los poetas espirituales, que busca en las cosas, el alma, el sentido recóndito, y su significado anímico.

Y como la Condesa de Noailles, Lucie Delarue Mardrus, Renée Vivien, Hélène Vacaresco.

Y en América, dos grandes poetisas del Uruguay, Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, son francamente sensuales y eróticas. Más erótica la primera, con mucho de retoricismo y moda literaria en sus versos; más sensual la segunda, en el sentido más arriba indicado, a la manera de la Condesa de Noailles. Nadie ha hecho resaltar hasta ahora la analogía estrecha entre estas dos poetisas, hasta el punto de que una llega a parecer en ocasiones remedo de la otra. Extrañas analogías de temperamento y de realización, a pesar de la distancia y del idioma; en donde el poco sagaz sólo creería ver una imitación, cuando sólo hay una estrecha conformidad anímica. Y Alfonsina Storni entre los argentinos, no desmiente esta actitud, por lo menos sorprendente de las mujeres-poetas. Sólo la grande Gabriela Mistral se sustrae victoriosamente a la corriente sensualista que ha invadido también a las que apenas se inician; y ha triunfado maravillosamente con su verso *listado de sangre y hiel*, como ella lo define, en donde se abre la mística flor del cristianismo.

¿Será éste, acaso, un argumento en favor de aquellos que sostienen la inferioridad mental de la mujer? Yo no lo creo. La espiritualidad masculina es flor de intenso y prolongado cultivo, en tierra intelectual trabajada de siglos. El sensualismo poético de las mujeres es flor espontánea de rico terreno en barbecho. Ya florecerá también, en sus tierras cultivadas por el estudio y hondamente abiertas por la reja del dolor, la flor refinida y sutil del espiritualismo poético.

IV

Enrique González Martínez realiza, a mi modo de ver, con mayor perfección que ningún otro, este anhe-

lo de espiritualidad, que he señalado como la característica mayor de su poesía. La elegancia nativa de su espíritu, lo aleja de la desesperación intelectual de Sábat Ercasty. Su vida serena, colmada, perfecta como una parábola geométrica, lo aleja del dolor más humano de Capdevila; su educación positivista, acaso también sus estudios de medicina, y el ejercicio de su profesión que lo ha hecho seguir de cerca la evolución y la disolución de la materia, lo alejan del misticismo cristiano de Amador y de Gabriela Mistral, tanto como de la religión positiva de Amado Nervo. Por el equilibrio perfecto de sus facultades mentales y anímicas, el gran poeta mexicano realiza un clacisismo que llamaré interno, ya que no se reduce solamente a una fría perfección de la forma. Una corriente de cálido sentimiento, que no llega hasta la expresión concreta sino en contadas ocasiones, moderniza de sensibilidad actual esta poesía profundamente sincera y humana. Realiza mejor que ningún otro ese ideal de equilibrio que señalara Torrendell como meta a alcanzar por los poetas de hoy, entre la perfección del clacisismo y la potencialidad sentimental del romanticismo.

Todos los versos de su primera época, en especial los de "Los senderos ocultos" — la obra preferida del poeta,—están escritos en moldes clásicos, modernizados, más en su fondo que en su forma, por la sensibilidad delicadísima del poeta.

Pero ya en "La Palabra del Viento", sin romper con la métrica, y menos con la rima cara siempre a González Martínez, rica con frecuencia y jamás forzada, aparece una mayor libertad, una mayor flexibilidad de ritmo, ya por el desplazamiento de los acentos,

ya por la combinación siempre feliz de metros diversos. Una musicalidad en *armónicos*, una resonancia íntima y recóndita, transforman la fácil melodía, en una música más compleja y más moderna. Tales por ejemplo: "El Minuto Incierto", "Ventura carmina", "La ciudad absorta", en las que esta armonía se funde con un alucinamiento turbador, que las transforman en composiciones definitivas.

En "Casa con dos puertas", de un simbolismo felicísimo, aparece también por vez primera una nostálgica melancolía que florecerá luego completamente en su última obra "El Romero alucinado". No resisto a la tentación de leeros estas dos magníficas composiciones:

"LA CIUDAD ABSORTA":

"Silbaba un manso viento de aquel lado del mar...
La turba era una sola alma para escuchar.
Se concentraba todo en el vago sonido
que venía de lejos... La tarde era tan pura
y la emoción tan honda, que el alma hubiera oído
el vuelo de un celaje cruzando por la altura
el vuelo de un celaje
en la paz infinita de un misterioso viaje.

Sólo el mar prolongaba su angustioso tormento
mientras la turba oía la palabra del viento.
¡Ciudad que vi una tarde y cuyo nombre ignoro,
Ciudad de vida unánime y silencios de oro,
ciudad absorta y muda, ciudad cuyo sentido
único es la insaciable codicia del oído;
ciudad a quien la llama de crepúsculos rojos
no despierta una sola inquietud en los ojos;
ciudad que nada mira, ciudad que a nada atiende

porque escucha y comprende.....
Urbe de cuyos hombres, al pasar a su lado,
no podré decir nunca que me hubiesen mirado;
vieja ciudad fantástica de quien decir no acierto
si la crucé dormido o la soñé despierto...
He perdido tu rumbo. ¿Quién me dirá si existes,
obsesión de mis horas infecundas y tristes?...
¡Quién sabe si entre sueños te volveré a escuchar
oh, viento que soplabas de aquel lado del mar!...

"CASA CON DOS PUERTAS"

"¡Oh, casa con dos puertas que es la mía,
casa del corazón vasta y sombría
que he visto en el transcurso de los años
llena a veces de huéspedes extraños,
y otras veces, las más, casi vacía...

Casa que en los risueños
instantes de la vida, miró absorta
la fila interminable de los sueños
de arribo fácil y de estancia corta...

¡Cuán raro fué el viador que en la partida
dejó para los tránsitos futuros
una hoguera encendida
en la piadosa puerta de salida
o una noble inscripción sobre los muros!...

Los más dejaron al fulgor incierto
de un prematuro ocaso
algún jirón en el umbral desierto,
el alma errante de algún himno muerto
o un desgaste de piedras a su paso.

Sólo al silencio de la paz nocturna
prende su lamparilla taciturna
huésped desconocido...
Y se pregunta mi inquietud cobarde
si es un cansado amor que llegó tarde
o es mi viejo dolor que no ha salido!...

En ambas magníficas poesías, el ritmo del verso es perfecto, como perfecta es la rima. Nadie confundirá, sin embargo, estas composiciones, con las del puro clasicismo, a causa de la sensibilidad modernísima que las penetra y vivifica, imprimiendo en ellas el sello inconfundible de su autor. Tanto los alejandrinos de la primera, como los endecasílabos de la segunda, parecen adquirir un ritmo nuevo, diverso del habitual, a causa del sentimiento y de la idea que traducen, a causa también del lenguaje usado en ellas, distinto del común lenguaje poético, de una trivialidad abrumadora. El léxico de González Martínez, pertenece al más puro castellano, y tiene a veces, yo no sé qué sabor arcaico, perfumado de modernidad. He aquí, en "La comunión secreta", una felicísima combinación de metros, que sin dejar de ser perfectos en cada verso, producen en su conjunto, una impresión de aguda modernidad.

"Hay veces en que todo
parece que nos habla...
La lluvia cuchichea diálogos en la fronda
y cada flor caída pronuncia una palabra.
El aire que revuela por el jardín dormido
siembra el pavor augusto de su voz enigmática
y el invisible coro de los muertos
nos saluda en la lengua de las campanas.

En la siniestra soledad nocturna
de la casa,
la fila de recuerdos en graves procesiones
llora o canta
y musita sutiles confidencias
de las horas pasadas.
El crujido de un mueble o el latido de un péndulo
nos sobresaltan,
y parece que hay almas errantes que dialogan
con nuestras almas...
Encontramos sentido al chirriar de una puerta
o al silbo inesperado de la volante ráfaga,
y hay ecos de tragedia y relatos de espectros
en la voz angustiosa de algún perro que ladra...
Hay noches en que todo
parece que nos habla...

Hay veces en que todo parece que nos mira.
hay días en que todo parece que nos llama...
El pájaro que cruza por el azul divino
cual una fuga blanca
con una emuladora ascensión de la tierra
nos invita a seguirlo cuando mueve las alas.
Parecen contemplarnos las corolas abiertas
que ha trocado el rocío en pupilas con lágrimas,
y cuando ya la noche ennegrece los muros
de las viejas moradas.
desde lejos nos miran los fantásticos rostros
de las ventanas...
En cada parpadeo de una estrella palpita
una señal furtiva que salva la distancia.
y en una irresistible vocación de heroísmo
nos busca el aromado viento de la montaña.
Hay una vigorosa salutación fraterna

en los pinos más viejos y en las rocas más altas
como si en sus augurios la soledad supiera
que un día—santa hora,—iremos a buscarla...
Hay veces en que todo parece que nos mira;
hay veces en que todo parece que nos llama...

Bellísima composición ésta, por el fondo, por la sensibilidad, por la forma, y que nos recuerda aquella otra del delicado Samain que comienza: "Il est d'etranges soirs où les fleurs ont une âme..."

...Los versos de catorce se combinan en la poesía del mejicano, de una manera felicísima, con los de once, de cuatro y de doce. Esta inclusión de versos cortos, de cuatro, a veces de dos sílabas solamente, en composiciones de arte mayor, da a las poesías de González Martínez una fisonomía característica, al tiempo que las enriquece, de una armonía compleja y diversa, al romper la monotonía fatigosa del alejandrino clásico. Pero donde el sello de modernidad se imprime con mayor fuerza en toda la obra de este maravilloso poeta, es en su último libro: "El Romero alucinado", el más característico tal vez de toda su obra. La forma aquí se flexibiliza de tal modo, de tal modo se afina y se agudiza la sensibilidad, y capta como una antena las más sutiles ondas anímicas, que pocas veces hemos encontrado una poesía más fina, más espiritual, más moderna que ésta.

La filosofía sutilísima de Maeterlinck encuentra en este poeta su expresión más acabada y perfecta. "La pesadilla", se emparenta así estrechamente con "La Intrusa" del poeta belga, y pertenece a la misma categoría que "La Ciudad Absorta", mezcla de alucinación y de símbolo. Porque en González Martínez, que está lejos de ser un poeta simbolista a la manera de

Mallarmé y del actual autor de "La jeune parque", el símbolo adquiere, sin embargo, un enorme papel en su poesía. Desde esa maravillosa "Puerta", que os he leído al comenzar, hasta "El puñal", fino y cincelado como un arma florentina, o en este espeluznante "Guía", que es preciso conocer, el símbolo se hace el modo de expresión habitual al poeta. Pero es un símbolo claro siempre y transparente, profundamente artístico, con que el autor vela solamente, sin enmascararla por completo, como en ropaje de gasas y no en espesa capucha, la dolorosa y púdica desnudez de su alma.

He aquí ahora "El Guía", por el que atraviesa algo de ese calosfrío de misterio, de pesadilla y hasta de extraña locura, que salpimenta y le da tan hondo sabor a la poesía de este gran mejicano de la hora presente:

"La moneda amarilla
de la luna angustiada
cae como limosna en la escudilla
vacía de la tierra amedrentada...

Noche de horror y decisivo instante...
Mil caminos abiertos,
y mudo el caminante
frente de la maraña alucinante
de los rumbos inciertos...

De pronto el guía, la piadosa mano
que con gesto sencillo
por la insondable ruta del arcano
nos lleva como al ciego el lazarillo.

Y estabas loco, hermano,
fantasma conductor de mi aventura
al través de las sombras del paisaje.
Pero no me enteré de tu locura
sino llegado al término del viaje..."

El horror de esta marcha, llevados de la mano por un loco al través de las sombras del paisaje, es pariente cercano de aquel otro horror de "Los ciegos" de Maeterlinck, con quien ya había señalado la afinidad anímica y el sentido semejante de lo *trágico cotidiano*, al decir de Papini. En la realidad y en el símbolo—¿no somos acaso todos, ciegos a quienes un loco conduce de la mano por entre el horror de la *selva oscura?*—es tan íntimo y tan profundo el sentido, que estamos tentados de sacudírnoslo, como nos sacudiríamos una pesada e importuna idea que nos persigue como un remordimiento.

Pero donde la modernidad del poeta se hace más aguda, es en la parte titulada "Las sonrisas del tránsito", en las que a las veces, aparece como una vaga vislumbre ultraísta. Tal por ejemplo: "Radiograma", cuyo título nos sugiere la idea de un poema de Guillermo de Torre, o de Gerardo Diego:

"Una estrella canta
en el cielo
su sonata
de luz y silencio.

Millones de estrellas lejanas
repiten a un tiempo
el nocturno radiograma
del lucero...

Y la antena fina y alta
que es el alma del Romero
siente y capta
los giros concéntricos
que le mandan
las lumínicas ondas del silencio."

Si la sensibilidad exquisita del poeta no pusiera e el poema, *la antena fina y alta de su alma,* creeríam encontrarnos frente a un poeta ultraísta. Un finísim sentido de ironía, un atemperado humorismo, pone s nota nueva en esta parte del libro. "La pareja", "L niña de la escuela", "La mosca", "Liliput", "Danz elefantina", y, más que ningún otro, "Las ranas" revelan esta nueva modalidad del poeta múltiple qu no es, sin embargo, como su mismo título lo indic sino la sonrisa pasajera que asoma a flor de alma, frente a algunos seres y a algunas cosas. Todos los grand poetas la han tenido alguna vez en su vida, y viene e este momento a mi memoria, el humorismo de cierto retratos en la obra del más grande lírico español de l hora presente, Juan R. Jiménez. También en Gonzále Martínez vuelve de nuevo a sonar la nota profund como que el alma es demasiado grave para reir largamente del espectáculo de los seres pequeños.

Una nostalgia agrega su fino y transparente tul, a cambiante ropaje de esta poesía multiforme, y "E Romero alucinado" se cierra sobre la añoranza de la montañas y las costas nativas. Sobre la melancolía de otoño de su vida, cae la profunda melancolía del destierro, que hace más humana aún y más interesante, l fisonomía de este poeta, que al decir de un crítico argentino, *ni se cansa, ni envejece: se transforma.*

Por otra parte, nadie ha definido mejor la poesía de Enrique González Martínez, que el propio González Martínez.

Terminemos nuestra conversación sobre el magnífico poeta, con estos versos que son la más exacta exégesis de su obra:

"Quiero con mano firme y aliento puro,
escribir estos versos para un libro futuro:

Este libro es mi vida... No teme la mirada
aviesa de los hombres; no hay en sus hojas nada
que no sea la frágil urdimbre de otras vidas:
ímpetus y fervores, flaquezas y caídas.
La frase salta a veces palpitante y desnuda;
otras, con el ropaje del símbolo se escuda
de viles suspicacias. Aquel a quien extrañe
este pudor del símbolo, que no lo desentrañe.
Este libro no enseña, no conforta, ni guía,
y la inquietud que esconde es solamente mía;
mas en mis versos flota, diafanidad o arcano,
la vida que es de todos. Quien lea no se asombre
de hallar en mis poemas la integridad de un hombre
sin nada que no sea profundamente humano."

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Sentir... — Poesías. — Casa Renacimiento.— 1916. (Agotada).

Educación Artística.—Monografía pedagógica Trabajo presentado al II Congreso Ame ricano del Niño celebrado en Montevide[illegible] el año 1919. Editorial Renacimiento.— 1919.

Ideas sobre Educación.—Estudios sociales [illegible] pedagógicos.—Editor Maximino García Montevideo, 1925.

Inquietud. — Poesías. — Editorial «Pegaso», Montevideo.

Imp. «El Siglo Ilustrado» San [illegible] 938.